

Estimados
amigos,

No queríamos dejar pasar este fin de año sin enviarles un 'ventoso' saludo y agradecimiento por el apoyo que han dado a nuestra asociación en sus primeros pasos. Sin el, nuestro avance no hubiera sido tan fluido como hasta ahora. Gracias!

La falta de comunicación de estas últimas semanas obedece más que nada a la falta de tiempo dada la cantidad de proyectos que requieren reportes y conclusiones antes de fin de año para poder continuar durante el 2008. Es por eso que nos vimos limitados y hasta sobrepasados en algunos momentos... Entre otras cosas, renovamos nuestro convenio con la Municipalidad de Río Gallegos para continuar el manejo conjunto de la reserva, recibimos apoyo de MANOMET para adquirir equipamiento destinado al trabajo preventivo en la reserva y los correspondientes honorarios para 1 agentes de conservación durante 8 meses (de esta forma nos aseguramos presencia diaria en la reserva durante todo el 2008!), renovamos el compromiso con AVINA para el desarrollo de una iniciativa que busca fortalecer el trabajo de las reservas naturales urbanas del sur de la Patagonia, estuvimos presentes como expertos invitados en la primera audiencia pública de nuestra provincia (apoyando la creación de un sistema de reservas naturales urbanas), continuamos con los trabajos de monitoreos, relevamientos y censados en la reservas y cerramos el programa educativo para los niños de los jardines de infantes.

Una vez más, muchas gracias, a ustedes como socios y a todas las instituciones que nos apoyaron. Esperamos poder seguir contando con vuestro apoyo en el 2008.
Los mejores deseos!

A continuación un texto que apareciera publicado en La Nación, a manera de reflexión...

El lector arrepentido
Opinión / Matar pajaritos

Por Mex Urtizberea
LA NACIÓN (Argentina) 14-12-07

Crecimos matando pajaritos en nuestro tiempo libre. Cazando sapos en las zanjas para llevarlos a la escuela y allí adormecerlos con cloroformo, abrirlos al medio todavía vivos para ver cómo funcionaban sus órganos, y después tirarlos a la basura. A veces era un conejo el que disecábamos, y la fiesta era aún más emocionante.

Crecimos dándoles de fumar a los escuerzos hasta que explotaran, para comprobar si era cierto que los escuerzos fuman como escuerzos.

Clavando con alfileres a los insectos, incluso a mariposas, sobre un cartón o un telgopor para presentarlo como si fuera un cuadro, en la materia Ciencias Naturales. Atándoles, en las tardes de aburrimiento, un cordón al cuello a los gatos para revolverlos varias vueltas en el aire y estamparlos contra alguna pared.

Crecimos pícaros tiranos de la naturaleza, amos y señores, atormentadores de ella para divertirnos como niños, con una maldad masculina permitida, aceptada, que nunca sintió vergüenza de ser tal, sino que más bien se manifestaba con orgullo. (Algún que otro caso de excepción puede haber: alguien me cuenta, conmovido, que de chico una vez alcanzó de un disparo de aire comprimido al pajarito elegido y, cuando corrió a buscar su trofeo, el pájaro no estaba muerto, sino herido y temblando. Verlo temblar, inocente sobre la tierra, le sacó las ganas para siempre de lastimar porque sí. Acaso la imagen le reveló que todos los seres vivos somos sinónimos, principalmente en el dolor.)

Crecimos matando pajaritos. Después nos hicimos adultos. Dejamos por fin de jugar con la naturaleza. Y nos dedicamos a ella con seriedad.

Talamos bosques indiscriminadamente.

Contaminamos ríos con total naturalidad.

Cazamos animales en extinción por hobby.

Depredamos mares porque se nos antojó.

Instalamos mineras que envenenan, o firmamos el permiso para que se instalaran.

Perforamos la capa de ozono.

Nos desentendimos del calentamiento global.

Cambiamos el clima.

Derretimos glaciares.

Empetrolamos pingüinos.

Privatizamos lagos para que fueran la pileta de natación de algunos privilegiados.

Pero crecen ahora, afortunadamente, las nuevas generaciones con una conciencia ecológica que resulta de lo más esperanzador, con una sensibilidad frente a la naturaleza que nadie se hubiera animado a tener en otras épocas; crecen también las nuevas generaciones de docentes que no se cansan de hacer hincapié, desde el aula, en la urgencia de respetar el medio ambiente.

Crecen ahora estas nuevas generaciones, y es como si aunaran sus voces para tararear sin cesar aquello que escribió María Elena Walsh:

Al que mata a los pajarillos
le brotará en el corazón
una bala de hielo negro
y un remolino de dolor.
